

La presencia española en el norte de África: las diversas justificaciones de las conquistas en el Magreb

MIGUEL ÁNGEL DE BUNES IBARRA

Centro de Estudios Históricos

CSIC

El estudio de las justificaciones y de las características de las primeras conquistas españolas en el Magreb permite fijar la evolución y los resultados de la empresa africana en la Edad Moderna. Al establecer las razones que impulsan a realizar una acción militar y política en el exterior de la península Ibérica, y como se justifica en medios oficiales y populares, estamos reseñando los ritmos de la misma. Aunque la presencia hispana en el Magreb ha sido muy dilatada en el tiempo, sus caracteres se establecen en los primeros años de la misma, manteniéndose invariables en el resto de la época de los Austrias y, en parte, de los reinados del siglo XVIII. La bibliografía africanista se ha centrado más en los acontecimientos concretos, en especial bélicos y diplomáticos, que en las razones que impulsan a esta empresa exterior (1). Sólo un extenso artículo de Fernand Braudel (2) publicado en 1928, y el reciente trabajo de A. C. Hess (3) han intentado fijar explicaciones completas sobre la aventura africana de los soldados españoles, aunque desde perspectivas y ópticas muy diferentes (4). La empresa africana no puede ser analizada como un acontecimiento aislado de la política de la Monarquía Hispánica, como tampoco sacarla del con-

texto general de la historia del Mediterráneo, ya que está excesivamente marcada por las circunstancias espacio-temporales que la rodean. Cualquier acercamiento a la misma tiene que estar inspirado dentro de un análisis global de la política internacional del final de la Edad Media y principios de la Edad Moderna, tanto en sus aspectos materiales como espirituales e ideológicos.

Si atendemos únicamente a las fechas de las primeras conquistas españolas en el Magreb, comenzando por la expedición del duque de Medina Sidonia a Melilla y siguiendo por la del conde Pedro Navarro, la entrada en África, después de someter al reino de Granada, sería sólo la continuación del impulso de la última fase de la Reconquista. Dejando el análisis de este aspecto para más adelante, mantener esta tesis, por lo general la más citada por los historiadores españoles sobre el norte de África, representa obviar los esfuerzos que se realizan en la Edad Media en Castilla, así como silenciar las empresas portuguesas y aragonesas. El africanismo español siempre ha puesto el acento sobre la voluntad manifiesta de Isabel la Católica en la conquista del Magreb (5), como demostración del interés castellano en el paso del Estrecho y del deseo de mantener viva la lucha contra el infiel, no reseñando que a la muerte de Fernando el Católico, el monarca que representa el continuismo político aragonés en el Mediterráneo, se produce un estancamiento de la acción en África (6).

La Corona Castellana siempre consideró el otro lado de Gibraltar como el lugar de donde le venía el peligro y su amenaza militar más directa. La frontera era fácilmente franqueable para las huestes musulmanas y, como consecuencia de la proximidad de las Béticas a los principales centros del poder marroquíes, las entidades políticas de Al-Andalus habían sobrevivido más tiempo del que les correspondían (7). Según esta premisa, el paso del estrecho de Gibraltar estaba justificado por razones puramente defensivas, como era preservar a las tierras peninsulares de futuros ataques magrebíes, tanto a lo largo de la Edad Media como de la Edad Moderna. Mientras que Castilla manifestaba sus intenciones en el Magreb, Aragón ya había realizado una política activa en este espacio, tanto desde el punto de vista económico (8) como militar (9). Si bien no es discutible la dependen-

cia de la conquista del Magreb de la Reconquista, esta vinculación es menos nítida cuando se analizan detalladamente los fines y resultados de ambas empresas. En el Magreb los soldados españoles sólo establecen posiciones, una marca fortificada con muy pocas ciudadelas, a lo largo de un extenso litoral. Trasladan al continente vecino los sistemas de fortificación, poliorcéticos, organizativos, militares y humanos de la recién concluida empresa de Granada; pero no así el deseo de someter un territorio. Según nos alejamos de los últimos años del siglo XV, la presencia española en el Magreb quedó excesivamente marcada por el mantenimiento de estos sistemas, sin sufrir alteraciones en su ejecución en este nuevo espacio, y ante unos enemigos con unas características completamente diferentes. Las razias, algazúas, cabalgadas, rebatos; los alfaqueques y adalides; y los combates singulares se mantuvieron mucho más tiempo que en el continente europeo, por lo que se fueron convirtiendo en un anacronismo histórico. En alguna manera, los ideales, formas y maneras de la Reconquista se perpetuaron excesivamente en el Magreb, perpetuación que trae aparejada su anquilosamiento y esclerosis

La gran diferencia de la preocupación por el Magreb entre las dos coronas hispánicas, con anterioridad a la unificación de reinos, era que Castilla mostró siempre un interés casi exclusivo por África, mientras que Aragón aglutinaba tanto África como el sur de Europa dentro de su política mediterránea. Cuando las tropas castellanas logran grandes victorias, y territorialmente, sobre Al-Andalus, los reyes que dominan la Meseta muestran su deseo de pasar a conquistar el norte de África. Así ocurre en los reinados de Fernando III después de conquistar Sevilla, Alfonso X cuando propugna la cruzada por la que desea hacer un Imperio Hispánico que no acabara en la zona del Estrecho, Sancho IV cuando se reparte el norte de África con Jaime II de Aragón en el tratado de Monteagudo o Alfonso XI cuando vence a los meriníes en la batalla de El Salado y recupera Algeciras. Estos deseos de conquista sólo se hicieron efectivos en la expedición de Alfonso X el Sabio a Salé (10). Los planes de expansión se quedaron reducidos a declaraciones de intenciones en los textos por los problemas internos de cada una de las coronas, y por sus enfrentamientos mutuos. En el reinado

de Alfonso X se va a apreciar claramente una de las características que se va a repetir a lo largo de la historia de la acción española en África, como es su supeditación en los problemas europeos e internos. El “Rey Sabio” se olvida de África cuando quiere ser nombrado emperador, al igual que Fernando el Católico se desentiende de la conquista de las ciudades del Magreb por los asuntos de Italia, Carlos V por los de Alemania y su enfrentamiento con Francia, o Felipe II por la guerra de los Países Bajos.

El pensamiento político del siglo XV, tanto en Castilla como en Aragón, se planteó el problema de las direcciones que debía seguir la política exterior de la Monarquía. Las tendencias europeístas siempre compartieron el espacio en los tratados con las africanistas y atlánticas, que ya estaban siendo seguidas por la casa de Avis portuguesa. En esta dualidad de opciones salió victoriosa, al hilo de los acontecimientos, la vinculación de la Monarquía con la causa europea, dejando en un papel secundario y de escasa importancia a la africana. La aceptación de esta realidad no debe hacernos olvidar que ambas tendencias eran igual de importantes para los pensadores de la época y para los hombres que las realizan materialmente (11). La empresa africana no debía ser justificada como la europea, ya que África pertenecía por derecho propio a la Monarquía Hispánica: “E dise Johán en el Catholicon —e todos quantos escrivieron de la division de las tierras— que en España hay seis provincias, conviene a saber: la de Tarragona, la de Cartajena, Lusitania, Gallisia, Bética, [e] la pasada del mar, en el regno de África. De las quales las quatro enteras son el señorío de mi señor Rey, es a saber: la Cartajena e Lusitania, que es Estremadura, e Bética, que es el Andalusía, e Gallisia, e tiene más la pasada del mar Mediterráneo, ca tiene ende la fuerte Tarifa” (12).

Los escritores políticos del siglo XV relanzan la idea de la “Monarquía Gótica”, la heredera del antiguo orbe romano, dentro de la que se incluían parte de los territorios del norte del país vecino: “E dexando esta generalidad e fablando más especialmente, mi señor el Rey de Castilla, considerada la sangre de sus antecesores, es muy noble: ca, no solamente deciendo de los reyes de los godos e de las casas de Castilla e de León, mas aun del linage de todos los reyes de España: ante, más propiamente fablando,

todos los reyes de España descienden de su casa. Descienden eso mismo de linaje de emperadores romanos e griegos, según parece en las corónicas antiguas: e más cercanamente de la casa de Francia” (13). El “goticismo” político permitía que la conquista fuera inmediata y sin previa declaración de guerra. Como ésta atañía a unos infieles, era completamente justa y, por lo tanto, aceptada de buen grado por toda la cristiandad.

La Monarquía vio en el enfrentamiento con los musulmanes, ya sean andalusíes, magrebíes u otomanos, una manera de recuperar parte de las rentas controladas por la institución eclesiástica. Se pretendía con la cruzada contra el infiel captar unos ingresos que eran necesarios para fortalecer el aparato estatal que estaban reformando, sin destinar estas rentas a la empresa Africana, que siempre estuvo muy necesitada y carente de dinero y de apoyo (14). El enfrentamiento de la cristiandad y el islam al final de la Edad Media y principios de la Moderna, así como los procesos de expansión atlántica de los países peninsulares, acaece en uno de los momentos más conflictivos de la historia de los Estados Pontificios. La mayor parte de los “sucesores de Pedro” pretenden aglutinar a los príncipes católicos en una nueva cruzada que limite el avance otomano por el sureste europeo, peticiones que son desoídas por los monarcas que están inmersos en procesos de conquista y de institución de nuevas bases políticas y económicas en sus países. La empresa de los Reyes Católicos, aunque respaldada nominalmente por Roma (concesión de Bulas y donación del impuesto de cruzada), sigue siendo una acción individual de un príncipe contra sus ancestrales y tradicionales enemigos. El Pontífice no pone demasiado entusiasmo en las acciones de los Reyes Católicos por la enemistad manifiesta por las reivindicaciones de Fernando al trono de Nápoles. Es un problema interno de uno de los países católicos occidentales, que no atañe al resto de la cristiandad, que no ve con demasiado entusiasmo el excesivo poder que está adquiriendo la Casa Real española.

El peligro turco-otomano, el verdadero azote musulmán de la Edad Moderna, no logra volver a despertar la solidaridad y el espíritu de aventuras en una Europa que ve las cruzadas como una cuestión del pasado. En el siglo XVI sólo se formaran “ligas”, a las que se les añade el apelativo de

Católicas, que esconden detrás de esta denominación los intereses particulares de cada uno de sus miembros. La conquista de África es un problema específico de los reinos de la península Ibérica, en el que Roma realiza un arbitraje para delimitar las áreas de expansión, a semejanza de lo ocurrido en la Edad Media para evitar tensiones entre los mismos (15). Desde este punto de vista, el paso al otro lado del mar de Alborán es la continuación lógica de la Reconquista, desde el punto de vista ideológico, ya que la recuperación de las costas del reino de Granada era sólo un paso para volver a la situación anterior a la traición del conde Don Julián.

Desde que Aragón culmina sus conquistas de los territorios peninsulares, y desde que los reyes castellanos se hacen señores de Algeciras, la frontera con el islam es tanto marítima como terrestre. El corso catalán en el Magreb, como el castellano, puede ser analizado como una actividad económica, al mismo tiempo que como una de las formas de combatir en una marca fronteriza de la época de la Reconquista: “Estando allí las galeras envió el Rey de Túnez a un Caballero, que venia en una barqueta de remos, a saber que gente era, e donde eran las galeras: e dixeronle como eran de Castilla. Preguntó que si eran Alfonsis: dixeronle que si: entendiendose que este nombre han los Castellanos en aquella tierra del tiempo de los buenos Reyes que llamaron Alfonsos, como fue Don Alfonso el Casto, e Don Alfonso el Católico, é Don Alfonso el Magno, é Don Alfonso el de las Navas, é Don Alfonso el que venció la de Benamarin, é de otros que llamaron Don Alfonso, todos Reyes nobles e Sanctos, que ficieron grand destruimiento en los Moros, é tornaron á ganar la tierra donde vivimos, que fuera ante perdida: é de la nobleza de aquellos ovieron los Castellanos nombre Alfonsis...” (16).

El corso mediterráneo también sufre una evolución a lo largo de los últimos años de la Reconquista peninsular. Pocos años antes de que los portugueses conquistaran Ceuta, Enrique III organizó una expedición punitiva contra el centro corsario de Tetuán en 1399–1400. El corso musulmán, como el cristiano, era un elemento desestabilizador de tráfico comercial en toda la fachada mediterránea, pero que en ningún momento alteraba las relaciones políticas entre ambas orillas del Mediterráneo, ni el comercio que se desarrollaba sobre sus aguas.

Antes de la ocupación del reino de Granada, el corso castellano, aragonés y portugués se dirigía tanto a las costas musulmanas peninsulares como africanas. Según los monarcas bajomedievales van constituyendo estados más fuertes y centralizados, el corso sufre variaciones apreciables. Durante la Edad Media era una actividad que pertenecía a un sector privado, centralizándose en algunas ciudades costeras. A lo largo de los siglos XIV y XV, el corso se va convirtiendo cada vez más en un arma en manos de los príncipes para enfrentarse contra sus enemigos, como se pone de manifiesto en las guerras entre Castilla y Aragón, o en la crónica de Pedro Niño citada anteriormente (17). Cuando el aparato estatal fue perfeccionado, el corso resultaba un inconveniente para los dirigentes políticos y militares. El ejército es uno de los pilares de la fuerza del príncipe, por lo que se tenderá a centralizar su mando. El "Estado Moderno" no acepta con buenos ojos a estos aventureros, por lo que tenderá a limitar el protagonismo de los corsarios dentro de la guerra marítima de carácter oficial, y se llegará a prohibir. En principio, el corso quedará reducido a una actividad privada realizada por navegantes aislados dentro del mundo cristiano, así como una forma de enfrentamiento con el islam controlada por las órdenes militares o los encargados de canalizar los esfuerzos bélicos de la Monarquía en áreas geográficas específicas. El corso musulmán se mantuvo, hasta la llegada de los navíos de los hermanos Barbarroja a Túnez y Argel, en sus características tradicionales. Las ciudades magrebíes, de una forma casi independiente de las autoridades de los sultanatos marroquíes, son entes autónomos en sus actividades económicas y militares. Esto explicaría que la conquista cristiana de los principales núcleos de población costeros de África fuera relativamente fácil y sencilla, ya que no se lucha contra un Estado perfectamente constituido sino contra ciudades aisladas y, en gran medida, autónomas.

El único cambio destacable con anterioridad a la conquista de Granada es que el corso musulmán se intensifica y se desarrolla. El norte de África genera una respuesta eficaz y efectiva ante el corso cristiano (18), como es la intensificación de sus propios centros corsarios. Ceuta, en manos portuguesas desde 1415, también va a ser un punto importante en esta particu-

lar carrera de la economía y la guerra mediterránea, o del corso como degradación de la gran guerra como la definía Fernand Braudel. Ceuta es una atalaya desde la que los lusitanos pueden controlar todo el tráfico comercial castellano y aragonés, por lo que se intensifican los ataques de embarcaciones de este pabellón cuando nacen problemas entre los diferentes reinos peninsulares. También es la base para organizar armadas con las que robar y hacer entradas en las tierras musulmanas. Pero, a la larga, a los nuevos estados no les interesa la existencia de un corso tradicional, tanto propio como ajeno, por lo que pretenden acabar con él de una manera rápida. La vida de frontera medieval ya no se acomoda a la nueva forma de hacer la guerra y los negocios en la Edad Moderna. Sin embargo, los esfuerzos para cambiar las formas tradicionales del Mediterráneo se verán condenados al fracaso. La llegada de los otomanos a los límites occidentales de la Europa cristiana revive un mundo agonizante y caduco, que sin embargo pervivirá hasta fines del siglo XVIII con bastante fuerza. Así debe entenderse la real pragmática dictada por Fernando el Católico en 1489 aboliendo la practica del corso, o la mayor parte de las conquistas realizadas por el conde Pedro Navarro o el cardenal Cisneros, así como muchas de las empresas de Felipe II y Carlos V en África: “El Emperador siendo conmovido por los ruegos de España, quería hazer la empresa contra Assanaga ilustre por la guerra de Túnez, a quien havia dexado Barbarroxa el gobierno y regimiento de Alger. Alli con él tenian cobro los corsarios de los Turcos, y robavan las riveras de España, con tanto miedo y daño de las tierras maritimas, que los Españoles no osando navegar dende el estrecho de Gibraltar, hasta los montes Pyrineos, poniendo guarniciones en las marinas y atalayas, eran forçados a hazer guarda, por no ser imprudentemente presos. Por esto, el Emperador havia aparejado una armada” (19). Los historiadores de la economía han dado una explicación al fortalecimiento del corso en la Edad Moderna. Las zonas que se especializan en la práctica del robo con patente han sido excluidas de los centros de la economía de la época, por lo que practican una actividad secundaria y de carácter marginal. Logran, al hacerse con los capitales sobrantes de los centros más desarrollados, sobrevivir enquistándose como un parásito en

los ejes principales de la economía. F. Braudel ya expuso esta teoría cuando se refirió al gran desarrollo del corso en algunos de los puertos de las islas Baleares durante el reinado de Felipe II.

El final de la guerra de Granada también va a ser un elemento que propicia el fortalecimiento del corso magrebí (20). El enfrentamiento entre castellanos y portugueses por los soberanía sobre el Magreb crea un vacío de poder en el Mediterráneo que es ocupado por las actividades de los corsarios. El corso reclutó entre sus practicantes a unos nuevos enemigos africanos de los españoles, como son la de emigrados y deportados andalusíes que proceden de la guerra de Granada y de la del Albaicín cuando el recién llegado cardenal Cisneros pretende acabar con las capitulaciones de Santa Fe. Los musulmanes españoles pueblan ciudades costeras en el Norte de África que se encontraban abandonadas, y que hacen del robo de su antiguo solar su medio de subsistencia y de antagonismo político y religioso. Al igual que ocurre cuando se decreta la expulsión de los moriscos, la salida masiva de andalusíes intensifica un viejo problema de la Monarquía Hispánica, como es el de los ataques corsarios de sus costas (21), lo que conllevará una actuación enérgica y rápida de las autoridades españolas.

La lucha contra el corso es uno de los móviles del paso español a la conquista del norte de África, por lo que nuevamente aparecen los elementos de corte defensivo en la política mediterránea de la Corona. El duque de Medina Sidonia, el conde Pedro Navarro, el cardenal Cisneros y muchas de las expediciones de conquista de las ciudades magrebíes estuvieron diseñadas para acabar con el peligro marítimo de los musulmanes. El principio, los resultados de esta política, a la que F. Braudel define como primera etapa de intervención española y que termina a la muerte de Fernando el Católico, fueron bastante positivos. La acción combinada de portugueses y españoles convierte a las tierras del actual reino de Marruecos, Túnez y Argelia en países interiores al carecer del dominio de sus zonas de costa. Sus principales ciudades portuarias están en manos cristianas, lo que va a condicionar sus relaciones comerciales y políticas con el exterior. Aunque no se pueden olvidar algunos fracasos significativos, como puede ser la muerte del infante don Fernando de Portugal capturado en un

infructuoso asalto a la ciudad de Tánger, el balance fue lo suficientemente halagüeño para despertar las esperanzas de los habitantes de la Península sobre la segura victoria de la cruz ante la media luna.

La guerra contra el corso, y en general toda la conquista del norte de África, lógicamente también estuvo inspirada por móviles económicos y políticos. La empresa de Ceuta en 1415 logró aglutinar bajo el mando del rey portugués los intereses de la nobleza del país vecino que buscaba un rico botín, las ansias de aventuras de los infantes que deseaban probar su valor luchando contra “los infieles”, el entretenimiento de una clase militar y política que había perdido su importancia al terminar la Reconquista, y la codicia de las clases urbanas y comerciales que veían en la apertura de nuevos mercados y en las caravanas de oro africano que atravesaban el Sahara un buen negocio. La empresa de Ceuta era, por lo tanto, interesante para la mayor parte de la sociedad, lo que explica la buena acogida que tuvo cuando se propuso. En principio, la “guerra contra el moro” era una empresa bien recibida por los habitantes de la Península. En muchos sectores de la sociedad se mantuvo durante todo el siglo XVI la idea de que un cristiano debía ir a luchar contra el infiel para engrandecer la fe y servir a su señor, independientemente que fuera moro, árabe o turco (24): “Digo, en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería ... Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, digo, quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo —porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron—” (25).

La lucha contra el moro y el turco en los siglos XV y XVI estuvo claramente influenciada por los movimientos culturales e ideológicos del periodo. Los relatos de las conquistas de las ciudades norteafricanas, comenzando por la fácil ocupación de la ciudad de Melilla, están repletas de un espíritu épico y glorioso. Los hombres que las realizan se acercan de esta manera a las hazañas de los Amadises o de los Tirantes. Cervantes escribe una novela que ataca y critica al género bizantino y de las “novelas de

caballerías”, pero cuando relata el enfrentamiento con los moros y los turcos eleva a sus personajes a la esfera de lo sublime. Luchar contra dragones, vencer gigantes o enamorar princesas son quimeras y embustes para el soldado de Lepanto, pero no lo son los relatos épicos del *Capitán Cautivo*, la resistencia de los apresados de *Los tratos de Argel* o enamorar a la hija de un alto personaje de Argel (26). África, como lo fue la frontera de Al-Andalus, es un lugar de aventuras, de combates singulares, un espacio en el que la lanza, el caballo y la adarga aún no han sido vencidos por el mosquete y el arcabuz. La guerra contra el musulmán mantiene durante toda la Edad Moderna los caracteres de la guerra medieval, donde el valor, la maestría y la bizarría aún tienen cabida. De igual manera, también son frecuentes los personajes que pasan a un lado y otro de la frontera política y religiosa entre la cristiandad y el islam

El medievalismo de las formas de combate se ratifica por los sistemas de ocupación de espacio (28) y por la manera en la que se produce la presencia en el norte de África. Por ello, las primeras conquistas en el Magreb son una continuación del espíritu de la Reconquista de la Guerra de Granada. Un noble, en este caso el duque de Medina Sidonia, emprende una empresa al otro lado del Estrecho. Nuevamente aparece el concepto de frontera, el de ciudadela que vigila una marca, en este caso marítima, comandada por un miembro de la nobleza. Como nunca se llevaron a la práctica las ideas de Fernando el Católico, Cisneros y, en general, de la sociedad del momento que pretendía perpetuar el modelo de conquista y de repoblación en el otro lado del Gibraltar, la presencia española en el Magreb se queda anclada en el medievalismo de sus formuladores. En gran medida, el sistema de ocupación español facilitó la conquista otomana de Berbería oriental. Los turcos desde su base argelina sometieron a las poblaciones musulmanas vecinas creando una provincia del Imperio Otomano (29). Los españoles, por contra, sólo firmaron pactos vasalláticos con los moros de Fez, sistema que se fracturaba a la muerte de las autoridades cristianas que las realizan (30). Los dos imperios implicados en la cuestión del Magreb adoptaron sistemas muy diferentes de dominio, lo que a la larga explicará el divergente éxito de sus acciones.

Los españoles pasaron al norte de África como vencedores, los representantes de la Cristiandad triunfante, pero su política no estaba basada en la idea del sometimiento, sino en el de la defensa de los territorios peninsulares. Esta dualidad, espíritu de victoria con el miedo a la derrota, se detecta desde los primeros momentos, lo que demuestra que nunca existieron unos planes definidos sobre la ocupación del Magreb. La consideración de que África fue la víctima de los otros intereses exteriores de la Monarquía Hispánica puede ser puesta en duda desde esta premisa. África fue, desde el mismo momento en que se toma contacto con el continente, una empresa menor, casi una cuestión interna de la propia Monarquía, en su ya citado tradicional enfrentamiento con el islam magrebí, por lo que no despertó las envidias y las apetencias del resto de las potencias europeas, con la excepción de Portugal que estaba inmerso en unos procesos de expansión semejantes a los castellanos y, años más tarde, de Inglaterra (31).

En la primera fase de la conquista influyeron, además de factores económicos, defensivos y políticos, las cuestiones de tipo religioso. Al igual que amplios sectores de la sociedad creían que la lucha contra el musulmán era consustancial a la nación española, la expansión de la cristiandad, recuperando sus antiguos dominios, era una obligación para cualquier bautizado. Los soldados que pasaban al Magreb buscaban fama, fortuna, honor, honra, botín y, también, recuperar territorios para la cruz y convertir a los infieles. El curso hacía daño a los intereses políticos y comerciales españoles, así como asolaba la línea de costa que debía ser fortificada y defendida, al mismo tiempo que arrebatava cristianos de los límites dominados por la Iglesia. El paso a África también estaba inspirado en estas mismas premisas. La conquista del norte de África por medio de las bulas de Alejandro VI, el papa español de la familia Borja, se convierte en una cruzada, una empresa "santa" contra los enemigos de las predicaciones de Cristo. Era, pues, una guerra de religiones, formulación que esconde detrás de sí en resto de los intereses de la Monarquía y de sus súbditos descritos en las páginas anteriores. Como afirmó M. Bataillon, la conquista de Mazalquivir y Orán por parte del cardenal Cisneros fue recibida con agrado por los sectores más innovadores de la Iglesia europea del Renacimien-

to, que saludan la empresa como un designio del cercano triunfo de la cristiandad renovada sobre sus enemigos (33).

Este mesianismo de la cruzada contra el islam representó para el Rey español una de las mejores justificaciones para emprender esta conquista exterior, además de los ingresos concedidos por el papado para sufragarla. La conquista de Granada creó un sentimiento de superioridad en la mentalidad hispana con respecto a los musulmanes. La culminación con el islam español era el primer paso de la extinción de los infieles de la tierra. Los reyes hispanos se convierten en los segundos abanderados de la cristiandad, y un gran número de cronistas refieren que ellos serán los que recuperen la Tierra Santa nuevamente para sus "legítimos poseedores". Aunque el Papa Borgia había otorgado a Isabel y Fernando el título de "Monarcas Católicos", para intentar sofocar el malestar entre España y Francia por el título de "Rey Cristianísimo" del monarca galo, en la Península siempre se tuvo un cierto complejo de inferioridad ante este nombramiento. Ello quedó más patente cuando el rey que debía ser el defensor de la cristiandad firmó un pacto con sus mayores enemigos, los turcos otomanos, para enfrentarse y debilitar al poder español. Durante toda la Edad Moderna la nación española, comandada por su hercúleo rey, es la verdadera defensora de la cruz, tanto con los infieles como con los herejes, aunque otra nación detente el título de protectora del edificio de Pedro. Francia, para estos escritores, ha incumplido el dictado de Roma y se ha olvidado de los deberes de un príncipe por los intereses mundanos y las ambiciones terrenales. La división de los príncipes sólo ha servido para que los enemigos adquieran un mayor protagonismo y fuerza, sin haber logrado parar su avance y la destrucción de la república cristiana. Las primeras conquistas en el Magreb se presentan como el cumplimiento por parte de la Monarquía Hispánica de sus obligaciones con la causa cristiana, frente al desinterés y felonía de los Valois y los Borbones.

En la conquista de África también pesan enormemente los progresos de un nuevo ente político islámico en el Mediterráneo. La conquista de la "segunda Roma" por Fatih Sultán Mehmed (Mehmet II el Conquistador) influyó en la ideología y las razones que impulsan a los españoles a cruzar

el estrecho de Gibraltar. Arrebatarse tierras a los musulmanes magrebíes supone compensar la pérdida de Asia Menor, los Balcanes y la mayor parte de Centroeuropa por las armas otomanas. Los avances españoles, ya desde el inicio de la Guerra de Granada, se establecen como una ley compensatoria. Lo que la cristiandad pierde en Oriente lo recupera en Occidente.

En principio, la conquista del Magreb, tanto por los españoles como por los portugueses, es la recuperación de la antigua provincia cristiana de África, lugar que tuvo innumerables lugares de culto y obispos célebres. Así deben ser entendidos los intentos de reponer el obispado de Marraquech por don Manuel de Portugal o el mesianismo con el que don Sebastián prepara su expedición africana. En las crónicas españolas sobre los otomanos son frecuentes las referencias a la recuperación de Granada y de las ciudades más importantes en el norte de África. Las victorias de los guerreros de la fe en el Magreb son la demostración de que la cruz no está siendo vencida ni sometida por la media luna. La Sublime Puerta puede ser vencida y domeñada, como ocurre en Lepanto y demuestran las victoriosas armadas hispanas que expanden las posesiones españolas por el norte del continente vecino. En estos mismos textos, como en los que tratan asuntos magrebíes, los triunfos y las derrotas se justifican por medios providencialistas, como muestra del mesianismo con el que se afronta el enfrentamiento con el islam.

El paso del Estrecho es la primera manifestación del triunfo sobre el islam (34). La victoria en cualquier enfrentamiento es la demostración de que los españoles son la nación elegida por Dios para tal empresa, que luego les llevará a recuperar Constantinopla y, por último, gobernar la Tierra Santa. Cuando asciende al trono un nuevo miembro de la casa de Austria se hacen memoriales en los que se ratifican estas ideas, e incluso planes concretos para atacar la ciudad del Bósforo que, como es lógico, nunca se llevaron a la práctica. En el antagonismo entre España y la Sublime Puerta, que en la práctica es más teórico que real según las ocasiones en las que se enfrentan abiertamente los ejércitos de ambos imperios, hay una serie de mitos que siempre se repiten invariablemente. Si los españoles desean conquistar Constantinopla y liberar Palestina, los otomanos quieren capturar

Viena y someter la ciudad de Roma. En ambos lados del Mediterráneo la mística de los imperios que representan al mismo tiempo el poder político y el religioso es una constante. En el enfrentamiento entre ellos, bien sea en Lepanto o en la lucha contra una simple embarcación corsaria, se están dirimiendo los valores más altos de la sociedad, las formas de vida y los universos culturales de los poderes de este espacio geográfico. La conquista de Granada se quiere presentar como la respuesta cristiana al asalto de las murallas de Constantinopla por los jenizaros. En alguna manera estamos reseñando una guerra de posiciones entre el Imperio Español y el Otomano en el gran tablero que es el Mediterráneo que a la larga va a quedar en tablas. Las iniciativas de uno de los contribuyentes son contrarrestadas por el otro, equilibrando una partida que dura más de un siglo. En cada uno de los movimientos hay intereses concretos y tangibles, a la vez que la defensa de unos ideales vitales y religiosos superiores a las simples ganancias territoriales. Cada victoria de los españoles sobre los marroquíes o los otomanos es la de Cristo sobre Mahoma, y a la inversa, lo que resulta una dialéctica tan estéril como poco productiva a efectos prácticos.

El paso de los españoles al norte de África a finales del siglo XV y durante el XVI está inmerso, como acabamos de reseñar mínimamente, en un complejo marco de justificaciones políticas, religiosas, económicas y sociales. Si referimos sólo las necesidades de expansión de la Corona unificada por Fernando e Isabel como la única razón que impulsa al paso del Estrecho, estaríamos olvidando la necesidad de la Monarquía autoritaria de entretener a una nobleza poderosa y levantisca, que impide la ejecución de muchas de las reformas que tienen previstas desarrollar para crear las bases del "Estado Moderno". Si únicamente aducimos las razones religiosas, estamos silenciando las presiones de los grupos comerciales andaluces y valencianos, la necesidad de defender las costas peninsulares de los continuos ataques de los corsarios musulmanes y las reclamaciones de la nobleza latifundista para evitar que sus vasallos musulmanes se evadan de sus señoríos yéndose a vivir al continente vecino.

Resulta más sencillo definir el fracaso de la presencia española en África que las razones mismas que impulsan a su conquista. Para concluir

este somero repaso a la cuestión habría que reseñar mínimamente una nueva razón que lleva a los soldados hispanos a embarcarse en esta empresa exterior, como es la búsqueda de un prestigio internacional. La conquista de territorios a los musulmanes es una empresa bien acogida por la mayor parte de los cristianos, independientemente de la nación a la que pertenezcan. Aunque ningún príncipe hizo nada para oponerse al rápido progreso de los otomanos por el Mediterráneo y Europa, como pone de manifiesto que las peticiones de realizar la cruzada predicada por los diferentes papas de los siglos XV y XVI nunca movieron las voluntades de los bautizados, cualquier victoria sobre ellos era celebrada por la Cristiandad. Los progresos españoles y portugueses en África fueron seguidos por el resto de los europeos, como muestra que los textos españoles fueran traducidos rápidamente a otros idiomas (35), y conocidos en toda Europa.

El balance general de la empresa africana, como referimos al principio de estas páginas, fue bastante decepcionante; ya que no se logró ninguno de los objetivos previstos cuando se inició. Ni siquiera se puede aducir la existencia de líneas de actuación continuas a lo largo del reinado de los Austrias. Sin embargo, la Monarquía Hispánica se presentó siempre ante sus enemigos como la defensora de la cruz ante los infieles, la nación que mantiene vivo el orgullo cristiano ante los musulmanes. Incluso el intento de Carlos V de conquistar personalmente la ciudad de Argel se interpretó en Europa desde esta óptica, el emperador pisando el suelo africano para devolverlo a la verdadera civilización, como así lo hicieron los césares romanos (36). En momentos de decadencia de la Monarquía española, se volvió a recurrir a la acción en África para recuperar algo del prestigio perdido en la órbita internacional, como es la recuperación de Orán y Mazalquivir en el reinado de Fernando VI (37).

La conquista de África permite mantener una posición de prestigio, tanto desde el punto de vista territorial como desde el ideológico, entre las naciones europeas, incluso en unas épocas en la que la Monarquía atraviesa sus momentos más bajos. En el fondo, y sirviendo esta reflexión como balance general de estas páginas, la conquista de las plazas en el Magreb fue una acción que reportó más gloria y vanagloria que poder y utilidad. Lo

que no tiene ninguna duda es que satisfizo los anhelos y las aspiraciones de una sociedad en la que compartían igual lugar los fines materiales y los espirituales de una empresa exterior que se basaba en el mantenimiento de la “guerra contra el infiel”. Tan sólo por esta cuestión, se debe revisar en una mayor profundidad las características y las cuestiones ideológicas del paso de los españoles y portugueses al otro lado del mar de Alborán.

1. Una sistematización de la misma a lo largo de la Edad Moderna ha sido realizado por M. GARCÍA ARENAL, M. A. de BUNES y V. AGUILAR, *Repertorio bibliográfico de las relaciones entre la península Ibérica y el norte de África (siglos XV y XVI). Fuentes y bibliografía*, Madrid, CSIC, 1989.
2. F. BRAUDEL, "Les espagnols et l'Afrique du Nord de 1492 a 1577", *Revue Africaine*, Vol. 69, (1928), pp. 184-233 y 351-428.
3. A. C. HESS, *The forgotten frontier. A history of the Sixteenth Century Ibero-African frontier*, Chicago-Londres, 1978.
4. El análisis de las divergentes interpretaciones de F. Braudel y A. C. Hess sobre el problema de la expansión mediterránea de los dos grandes imperios del siglo XVI se establece en el libro reseñado en la nota 1, y en el reciente trabajo de M. GARCÍA ARENAL y M. A. DE BUNES, *España en el norte de África, siglos XV al XVIII*, Madrid, Ed. Mapfre, 1992. El presente artículo continúa las pautas establecidas por F. Braudel y A. C. Hess, reconociendo la deuda y el agradecimiento a estos investigadores por los historiadores que nos dedicamos al estudio del Mediterráneo en el tránsito de la Edad Media a la Moderna.
5. L. GALINDO DE VERA, "Historia, vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones en las costas de África, desde la monarquía gótica y en los tiempos posteriores a la Restauración, hasta el último siglo", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, (1884), XI, pp. 1.483. A. OVEJERO BUSTAMANTE, *Isabel I y la política africanista (Estudios de la Reina Católica en el marco de la tradición española en África)*, Madrid, 1951; R. RODRÍGUEZ PASCUAL, *El testamento de Isabel la Católica y el problema de Marruecos*, Madrid, 1922. Estas tesis se mantuvieron vigentes en España desde la intervención española en Marruecos en el siglo XIX hasta el final del Protectorado. Los africanistas del siglo XIX buscaron en los textos medievales y del Renacimiento las razones de la presencia hispana en África, por lo que rescataron del olvido la mayor parte de los textos sobre la cuestión. Realizan una historia de marcado carácter positivista y, como consecuencia del proceso militar en la que estaba inmersa la Monarquía, belicista.
6. "De 1511 a 1516, les Espagnols se désintéressèrent en grand partie des événements du Maghreb. Quand Diégo de Vera tenta sa malencontreuse expédition contre Alger, en 1516, Ferdinand le Catholique était mort depuis quelques mois déjà", F. BRAUDEL, *Ibidem*. p. 224.
7. El último paso de contingentes armados magrebíes en apoyo de los poderes musulmanes peninsulares lo realizan los Benemerines en el siglo XIV y XV, tema sobre el que acaba de aparecer el trabajo de M. A. MANZANO RODRÍGUEZ, *La intervención de los Benemerines en la Península Ibérica*, Madrid, CSIC, 1992.
8. El mejor trabajo sobre la presencia catalana en el norte de África es el Ch. E. DUFOURCQ, *L'Espagne catalane et le Maghreb aux XIII^e et XIV^e siècles*, Paris, P.U.F., 1966.
9. El propio Ramón Muntaner tuvo durante algunos años el gobierno de la isla tunecina de Djerba, posesión aragonesa donde se establece una fortaleza y se pretende someter a las poblaciones musulmanas de la misma, enfrentadas entre sí por cuestiones religiosas y tribales, *Crónica de Ramón Muntaner*, en *Les quatre grans cròniques*, edición de Ferrán Soldevilla, Barcelona, Ed. Selecta, 1971, pp. 945-1001. En estas páginas también se relata la expedición de Roger de Flor en ayuda de los emperadores bizantinos por el acoso de los turcos

- otomanos, por lo que reseña la mayor parte de los acontecimientos políticos y militares de la presencia catalana en la baja Edad Media, debiéndose completar los acontecimientos políticos con las relaciones diplomáticas y económicas fijadas por Ch. E. Dufourcq.
10. M. GARCÍA ARENAL, "Los moros en las Cantigas de Alfonso X", *Al-Qantara*, 6, (1985), pp. 133-15.
 11. En la España del siglo XVI nunca existió el problema de la primacía entre las diferentes empresas exteriores de la Monarquía. El rapto de África por América, por referir sólo dos de las áreas de actuación del Quientos, es un juicio realizado por los historiadores, nunca por los contemporáneos de ambas empresas. Sobre esta cuestión se puede referir un gran número de referencias y de personajes que actúan en los dos espacios geográficos, como establecí mínimamente en: M. A. DE BUNES. "La conquista del Norte de África y el descubrimiento de América: dos empresas paralelas en el siglo XVI", *Revista de Indias*, XLV, 175, (1985), pp. 225-235.
 12. Alonso de CARTAGENA, "Discurso de Don... Obispo de Burgos sobre la precedencia del Rey Católico sobre el de Inglaterra en el concilio de Basilea", *Biblioteca de Autores Españoles*, T. 116, (Prosistas castellanos del siglo XV), pág. 218. Resulta muy significativo que en una obra de estas características, donde se está dirimiendo la primacía de la Corona Castellana sobre la Inglesa, el tema africano no se questione en ningún momento. África pertenece por derecho propio a los reyes de Castilla, como continuadores de los emperadores del extinto imperio romano, por lo se incluye directamente dentro de patrimonio de la casa reinante. Por África se entiende los antiguos límites provinciales romanos de la Cesariense y la Mauritania Tingitana Ptolomaicas. El mejor compendio sobre la geografía del Magreb, según la visión de los españoles de principios del siglo XVI se encuentra incluida en el primer tomo de la obra de L. del MÁRMOL CARVAJAL, *Descripción General de África*, I parte, vol I y II, Granada, René Rabut, 1573, reedición facsímil de Agustín G. de Amezúa, Madrid, CSIC, 1952; y el estudio de J. MASSIGNON, *Le Maroc dans les premières années du XVI siècle. Tableau géographique d'après Léon l'Africain*, Argel, 1906.
 13. Alonso de Cartagena, *Ibidem*, pág. 208. En la mayor parte de estos tratados no se reconoce una legitimidad semejante a los sultanes marroquíes, independientemente del linaje al que se abscriban, por lo que el paso al otro lado del Estrecho no debía ser justificado en ningún momento, ya que era sólo recuperar un patrimonio usurpado, semejante a los acontecimientos que acaecen en el proceso de la conquista de Al-Ándalus.
 14. Las plazas norteafricanas siempre vivieron en una gran precariedad de medios económicos, independientemente de que la corona recaudara grandes sumas de dinero por la *cruzada*. Desde este punto de vista, la empresa africana fue una coartada para la institución real para recaudar un mayor monto de dinero, desentendiéndose del destino y la suerte de las guarniciones estacionadas en el continente vecino; M. A. de BUNES IBARRA, "La vida en los presidios del Norte de África", *Actas del Coloquio sobre las Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, Madrid, (1987), pp. 561-590.
 15. El que mejor ha sintetizado el enfrentamiento entre Castilla y Portugal por las conquistas en el Magreb es A. RUMEU DE ARMAS. *Los tratados de partición del Océano entre España y Portugal. Intervención de la diplomacia española*. Madrid. 1944; y "Los reinos hispánicos y la hegemonía de África", *Archivo del Instituto de Estudios Africanos*, 45, (1958), pp. 1731.

16. Gutierre DÍEZ DE GAMES, *El Victorial, Crónica de Don Pedro Niño, conde de Buelna*, Madrid, 1782, p. 74. Sobre los continuos ataques que realizan los marineros de las costas de la Baja Andalucía al Magreb véase el artículo de M. A. LADERO QUESADA, "Castilla, Gibraltar y Berbería (1252-1516)", *Congreso Internacional sobre el Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1987, T. II, p. 37-62.
17. Resulta muy ilustrativo de los envíos que experimenta el curso mediterráneo el libro de J. GUIRAL-HADZIIOSSIF, *Valencia, puerto mediterráneo en el siglo XV (1410-1525)*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1989. La autora cita la vinculación de la Corona y de las clases nobles de la ciudad en la práctica de la actividad corsaria. La propia ciudad de Valencia, como también la de Barcelona, organizan armadas para vigilar las costas del reino de los ataques corsarios, lo que significa una evolución apreciable de los intereses del robo con patente dentro de la economía, los intereses defensivos y los cambios económicos de las entidades políticas de la fachada mediterránea cristiana. En este mismo sentido se deben interpretar los intentos de los Reyes Católicos de hacerse con el control de algunos de los puertos andaluces en manos de la nobleza, como es el caso de Cádiz, para tener la libertad de organizar su propia política marítima, en la que no está exenta la práctica del corso. En la Edad Moderna la guerra es una empresa estatal, y no de un particular, muy costosa y que tiene que mover a un gran número de individuos. El cambio de la jurisdicción de la ciudad de Melilla del duque de Medina Sidonia a la Corona es una demostración de la variación que ha supuesto el paso a una nueva edad histórica, en la que se han constituido otras bases de poder y nuevos sistemas económico
18. T. GARCÍA FIGUERAS, *Presencia de España en Berbería Central y Oriental*, Madrid, 1945.
19. P. IOVIO, *Libro de las historias, y cosas acontecidas en Alemaña, España, Francia, Italia, Flandes, ...* Valencia, 1562, fol. CXIXr.
20. J. E. LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, "Granada y el Magreb: la emigración andalusí (1485-1516)", *Coloquio sobre las Relaciones de la península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, (Madrid), (1988), pp. 409-451.
21. Los andalusíes repueblan la asolada ciudad de Tetuán, Tazuta, Cazaza, Tárraga, Targa, Tenes, Mostaganem, Sargel, Argel, Arcila, Larache, Túnez y, en un periodo más tardío, Salé, núcleos urbanos que se suman a la larga lista de ciudades corsarias en el Magreb. Los andalusíes no van a inventar el curso musulmán, pero sí lo relanzan en un momento crucial para la historia Mediterránea, como es el periodo que va desde el inicio de la Guerra de Granada hasta la llegada de los otomanos a Túnez y Argelia.
22. R. RICARD, *Études sur l'histoire des Portugais au Maroc*, Coimbra, 1955.
23. M. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *La guerra del moro a fines del siglo XV*, Ceuta, 1940.
24. Sobre el diferente contenido que tienen cada uno estos términos en el siglo XVI véase M. A. de BUNES IBARRA, *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid, CSIC, 1989; y G. TURBET-DELOF, *L'Afrique barbaresque dans la littérature française aus XVI^e et XVII^e siècles*, Genève, 1973.
25. M. DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, Ed. de J. JAY ALLEN, Cátedra, Madrid, 1989, T. I, pág. 467. Tanto en la literatura, como en las crónicas de sucesos particulares, este tipo de juicios es muy usual. Diego SUÁREZ MONTAÑÉS en su

Historia del maestro último que fue de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, Ed. de M. Serrano Sanz, Madrid, 1889, afirma que se alista en las compañías destinadas a Orán porque, como originario de las montañas de Asturias, debía pasar a luchar con los moros como lo habían realizado sus pasados. En este tipo de comportamientos de individuos particulares es fácilmente demostrable el mesianismo que inunda a la sociedad de esta época en relación al enfrentamiento con el islam.

26. J. OLIVER ASÍN, *La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes*, Madrid, 1948.
27. Este continuo paso de personajes recuerda más los pactos medievales que la estructura de las Monarquías autoritarias de la Edad Moderna. Sólo así se pueden entender las conversaciones entre Carlos V y Barbarroja para que éste último rompa el pacto de vasallaje con Solimán el Magnífico y pase al bando imperial. En el caso concreto de Marruecos, este tipo de personajes fueron aún más frecuentes que en el Imperio Otomano, baste recordar la figura del geógrafo Juan León el Africano y varios de los sultanes marroquíes que se refugiaron en España y Portugal por las continuas guerras civiles en la dinastía Sa'adí; J. OLIVER ASÍN, *Vida de don Felipe de África, Príncipe de Fez y Marruecos (1566-1621)*, Madrid, 1955.
28. R. RICARD, "Le problème de l'occupation restreinte dans l'Afrique du Nord (XVe-XVIII siècles)", *Annales d'Histoire Economique et Social*, 8, (1936), pp. 426-437. En este trabajo se hace un estudio sobre las diferentes formas de ocupación del espacio en el norte de África entre los portugueses, españoles e ingleses. La forma de ocupación del espacio, según palabras del propio Ricard, les vino forzada a los conquistadores españoles, y no es que la eligieran libremente. Con el paso de los años no hicieron nada para cambiar la situación adquirida, por lo que los sistemas de dominio quedaron completamente desfasados con respecto a los que realizan en Europa y América.
29. A. BAKHIT, "The Arab Provinces at the Age of sultan Suleiman the Magnificent", *Studies on Turkish-Arab relations*, IV, (1989), pp. 117.
30. Este es el caso de Vélez de la Gomera, que a la muerte de Fernando el Católico cree que se acaban sus obligaciones con la Monarquía Hispánica. La teoría del pacto es válida en un contexto medieval, pero no así en un momento en el que la guerra y la historia se basan en caracteres diferentes.
31. A Inglaterra no le interesó la conquista del Magreb, sino el comercio y la redistribución de las materias primas marroquíes, de la misma manera que a Portugal durante todo el siglo XV y mediados del siglo XVI. M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos*, Madrid, 1951. Cuando las potencias europeas conocen planes de conquista de ciudades marroquíes por parte de las flotas españolas o portuguesas se desprecupan completamente. África, que no así América e Italia, es una cuestión propia de los Monarcas Hispánicos, como lo demuestran las Bulas papales, derechos que no son nunca discutidos por los pensadores políticos de los otros príncipes cristianos. Sólo los turcos se niegan a reconocer estos derechos, ya que la Sublime Puerta, como representación del califato islámico, es la única autoridad legítima de las zonas donde viven los seguidores del islam.
32. S. SCHULER PIROLI, *Los papas Borgia. Calixto III y Alejandro VI*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990. En este trabajo también se hacen referencias al antagonismo entre los Reyes Caóticos y Roma por las intervenciones españolas en Italia y el papel de la conquista de África dentro de la política europea del momento.

33. M. BATAILLON, *Erasmus y España*, México, 1979. Este sentimiento se demuestra claramente en la correspondencia entre Cisneros y Charles de Bovelles, recogida por el hispanista francés entre las páginas 56–58 de la obra referida.

34. Este tipo de referencias se producen con anterioridad a las primeras conquistas españolas en el norte de África, y se generalizarán a finales del siglo XVI y principios del XVII; NAVARRO DE XATIVA, *Discurso sobre la conjunción máxima que fue en Deziembre del año, 1603. En el qual se pronostica los felicissimos sucesos y vitorias que señala al Rey Don Felipe III, nuestro señor y a su*

gente Sagitaria, que son los españoles, Valencia, 1603; R. CÓMEZ DE ACUILERA, *Jerusalem libertada. Y restauración de toda la Palestina. Caida y desolación de la Secta de Mahoma. Profezia del santo varon Nicolas Factor, anunciandola, y señalando la parte donde han de entrar los Exercitos Christianos a conguistar la Morisma. Lamentaciones y vaticinios dolorosos con que el Sabio Filosofo Acham Turuley, natural de Arabia felice llora la ruina de su Agarena Gente, dando las señas fixas del Gran Rey... que los ha de conquistar y destruir a sangre y fuego*, Madrid, 1684.